

Antonio de Ciudad Real

“De cómo se hizo a la vela y salió del puerto la barca en que iba el padre comisario, y arribó a la costa de Campeche o Yucatán”

p. 288-292

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

dad que él había dicho aquello, y que de nuevo lo tornaba a decir, y pidió que le diesen su matalotaje, que él holgaba de quedarse; pero pasóseles aquella furia y enojo y dejáronle embarcar, tomando para esto un título, que fue decir al padre comisario que si gustaba de que el agustino fuese en aquella barca, que iría, pero que no siendo aquel su gusto no le dejarían embarcar; el padre comisario holgó que fuese, y les rogó que no le impi-diesen la ida, y así se embarcó con él.

[CAPÍTULO CXXXV]

*De cómo se hizo a la vela y salió del puerto la barca en que iba el padre comisario, y arribó a la costa de Campeche o Yucatán*

Querían los oficiales reales y el alcaide que luego se hiciese la barca a la vela, y para ello dieron la priesa posible, pero, porque no había tiempo y faltaban algunos marineros, se quedó para otro día. Aquella noche, demás de dos guardas que había en la barca puestas por los oficiales reales, y de las que guardaban la fortaleza y isla por sus cuartos, envió también el alcaide a su alférez y a otros dos soldados que guardasen al padre comisario, porque él ni su campañero no saliesen de la barca, o porque no pasase a ellos algún otro fraile de la tierra firme, o solamente para mostrar, y que todos entendiesen, que lo que el virrey le encomendaba lo hacía con mucha solicitud y diligencia; mandó asimesmo, so pena de quinientos pesos, que ninguna chalupa de los navichuelos que allí había, pasase aquella noche a la banda de tierra firme; pero ninguna destas diligencias bastaron, porque las guardias se durmieron y sucedió lo que presto se verá.

Martes diez y seis de febrero dieron licencia al secretario del padre comisario para poder ir a decir misa al hospital de la isla; hallóla toda revuelta y llena de confusión, porque todos tenían por descomulgados a los que habían entendido en aquella prisión, y no los querían hablar, y ellos andaban por esto, por una parte corridos, y por otra demasiadamente enojados y desabridos. Estaba el agustino diciendo misa a puerta cerrada, por lo cual y porque el clérigo, vicario de la isla, decía, acerca de aquel caso, a los soldados lo mesmo que el agustino, pateaba el alcaide, y estaba indignadísimo contra los dos, y hizo al vicario muchos requerimientos con protestaciones y amenazas que le había de quitar el cargo, como de hecho lo hizo, que pocos días después se le quitó el virrey y puso

otro en su lugar, aunque también quitó al alcaide y proveyó aquella plaza a otro. En el ínterin que este ruido pasaba en la isla, pasaron a la barca los oficiales reales, acabaron de visitarla y dieron tanta prisa a la gente della, que luego alzaron la una ancla, y apenas había acabado el secretario del padre comisario de decir misa cuando le fueron a llamar muy apriesa mientras alzaban la otra. Llegado ya y entrado dentro, donde ya estaba el augustino y toda la gente, dieron vela luego al viento, aunque era corto y poco favorable, y se hicieron a la mar con otro navichuelo que iba cargado de harina para La Habana, para donde también caminaba la barca.

Era esta barca grande y chata, que se había hecho para meter mercaderías de las flotas por el río de la Veracruz, que lleva poca agua y menos por la barra, y en ninguna manera era buena sino peligrosa para mar alta, como después se vio, y pestilencial para estar de mar en través, porque penejaba mucho y daba muchos y muy grandes vaivenes; llevaba las velas muy viejas y remendadas, las jarcias gastadas y podridas, de tal manera que ningún día se pasó, hasta llegar a La Habana, en que no se remendasen las unas y las otras, y aun para eso no llevaban con qué, sino viejo y podrido lienzo que quitaban de una parte para poner en otra; todo lo cual era tormento continuo de los pobres marineros, a quienes el padre comisario tenía grandísima lástima, y los procuraba consolar todo lo que podía.

Luego, pues, como comenzó la barca con sus tachas buenas y malas a navegar, en saliendo del puerto y canal, disparó el alcaide una pieza de artillería gruesa de lo alto de la fortaleza, en señal de regocijo y alegría de haber concluido lo que el virrey le había encomendado; si no es que lo hizo por hacer fiesta al padre comisario. Pero los de la barca no haciendo caso desto, ni dando a entender que por ellos se había tirado la pieza, prosiguieron su viaje muy quietos y sosegados con poco viento y nada favorable. Pasaron por entre muchos arrecifes con no pequeño peligro, mayormente a la tarde que, con el poco viento que llevaba, iban a dar sobre unos que llaman las Cabezas, que son muchas puntas de peñas que con bajamar se descubren, y con la llena no se parecen, los cuales están cuatro o cinco leguas del puerto y hanse ya en ellos perdido algunos navíos; pero quiso Dios que a aquella hora refrescó el viento, y así se pudieron apartar de aquel peligro y se hicieron un poco a la mar.

Aquella tarde, yendo todos muy descuidados, salieron del pañol de la barca dos frailes nuestros, de los que el alcaide había echado de la isla, que eran fray Alonso de Prado, el predicador que salió de la Puebla con el padre comisario, y fray Pedro Vallejo, el lego de la Veracruz, los cuales aquella noche habían pasado de la tierra firme en una canoa que halla-

ron en la playa junto a las ventas, sin ser sentidos de los oficiales reales, ni de sus criados y familiares que estaban en ellas, y se habían metido en la barca sin que los echasen de ver las cinco guardas que en ella hacían cintinela, ni las demás de la fortaleza; porque los unos y los otros se durmieron y descuidaron demasiadamente. Todos los de la barca, y más el padre comisario y su compañero y el augustino, se holgaron en extremo de verlos, y no fue poco reída la burla y engaño que hicieron a los oficiales reales; porque la tarde antes, por más disimular, fue el uno desde allí desde las ventas a la Veracruz (que como dicho es, está de allí cinco leguas), a traer su hatillo, con que los descuidó y desveló pensando que se iba de hecho, pero volvió aquella noche, a tiempo que con el otro pudo pasar, y pasó en la canoa y se metió en la barca sin ser sentido de las guardas como dicho es.

Habían hecho a posta, y muy de propósito, en lo más alto de la popa de la barca, un camarote en que durmiese el padre comisario, y dentro dél una secreta; durmió en él dos noches, y por ser muy estrecho y estar en lugar tan alto, e ir la barca dando grandes vaivenes y cabezadas, se almareó de tal suerte, y cayó enfermo tan de golpe, que fue necesario sacarle de allí y bajarle abajo, junto a la caña del timón, donde debajo de otra cámara grande, sobre unos cueros, se le hizo la cama y fue todo el viaje, que fueron veintisiete días, perdida totalmente la gana de comer, más muerto que vivo; en aquella mesma cámara, que tomaba todo el ancho de la barca, dormían también los demás frailes, excepto el augustino que se pasó al camarotillo de arriba, y allí mesmo se entraban a dormir de noche los mozos y algunos marineros, y se recogían cuando venían los aguaceros, y por allí pasaban a cazar y largar las escotas de la vela mayor; a todo esto era menester callar y tener paciencia, porque ni ellos podían hacer menos, ni los frailes tenían dónde estar, sino en aquel puesto, por ser el mejor o por mejor decir el menos malo de la barca. La provisión que el padre comisario y su compañero llevaban era muy poco o casi nada, porque no les dieron regalo ninguno, chico ni grande, ni cajeta, ni conserva, ni ajos, ni cebollas, ni plato, ni escudilla, ni panizuelo, ni jarro, ni olla, ni garbanzos, ni lentejas, ni ninguna otra cosa de las que son menester y se suelen llevar en navegación tan larga, mayormente siendo ya víspera de cuaresma; que cierto que a todos daba qué decir ver la inhumanidad con que los trataron aquellos ministros y oficiales del virrey, habiéndoles él mandado que proveyesen lo que fuere menester, pero a ellos les pareció que estaba todo muy bien proveído con un poco de bizcocho que dieron, tan negro y tal, que aun los marineros no lo quisieron comer, y con una poca de harina, que no sirvió de nada, y seis carneros y cuarenta

aves de Castilla, entre chicas y grandes, dos botijas de vino, una botijuela de aceite, con otra de manteca y un poco de pescado seco. Los de la barca aún iban más mal proveídos, porque no tuvieron tiempo ni lugar, ni se les dio, para tomar lo necesario, tal fue la prisa que los dieron, y por esto ayudaron a gastar el matalotaje del padre comisario, y así se acabó muy presto; pero remedió el Señor estas necesidades, con algunos regalos y comida que llevaba el augustino, los cuales él repartió con los demás frailes con mucho amor y caridad, con lo cual, después de Dios, pudieron sustentarse y pasar sus trabajos y infortunios, que no fueron pocos, como adelante se dirá. Fue providencia de Dios el venir aquellos dos frailes en la barca y que entrasen en ella a pesar de los agentes del virrey, porque solos ellos dos quedaron en pie, sin almarse, y así pudieron acudir y acudieron a dar de comer y al regalo del padre comisario y de su secretario, que iban almarseados y enfermos, con los regalos del augustino, que también iba enfermo.

Volviendo a la navegación que hacía la barca, luego, como pasó de las Cabezas y salió de aquel peligro, sobrevino la noche, y habiendo caminado un gran rato, calmó el viento y anduvo lo restante de la noche de una parte a otra sin ganar tierra ninguna, antes cuando amaneció, miércoles diez y siete de febrero, se halló el piloto tan cerca del puerto de San Juan de Ulúa, donde el día antes había salido, y con tan ruin tiempo, que estuvo ya casi determinado de arribar. Pero sobrevino a este punto un viento brisa con el cual fue caminando hacia el norte, hasta el sábado, yendo siempre la barca a la bolina.

Sábado veinte de febrero, por la mañana, calmó aquel viento, hasta la tarde, que acudió norte, con el cual dio el piloto hacia La Habana, y el domingo en la noche se halló en la altura de unos bajíos llamados los Negrillos, paso muy peligroso, y por huir de ellos, o porque él lo quiso así por su interés, o por no saber más, comenzó a arribar con la barca hacia la costa de Campeche o Yucatán; y aunque luego, el lunes por la mañana, tornó con el mismo norte a seguir la vía hacia La Habana, pero por lo mucho que se había declinado no pudo volver a ponerse en la altura donde antes había llegado, por lo cual, y porque refrescó más el norte, tornó a arribar hacia Campeche; y así, el miércoles de mañana, veinticuatro de febrero, se halló a vista de la tierra de Yucatán, hacia el río que llaman de Lagartos, que es un puerto de aquella costa, y por no saber el piloto los puertos de aquella costa, ni sus entradas, no se atrevió a acercarse a la tierra, sino dio vuelta, la costa abajo, en busca del puerto de Campeche, yendo corriendo todo aquel día de oriente a poniente y llevando siempre la tierra a ojo, dos y tres y cuatro leguas de ella, con un norte muy

recio, que llevaba la barca a la bolina; al anochecer encontró la barca con el navichuelo que había salido con ella del puerto, el cual, con la misma ocasión del norte, iba arribando en busca de la misma tierra de Campeche; holgándose cuando supo cuán cerca estaba della, porque hasta entonces no la había descubierto, por ser como es toda tierra muy baja, y así dio la vuelta con la barca, y por ser su piloto práctico en aquella carrera y costa, le tomó el de la barca por guía, y le comenzó a seguir, ofreciéndose él de ponerle otro día en el puerto de Campeche, donde decía que era bien esperar la conjunción y ver cómo entraba la luna y hacer conforme a lo que descubriese; pero aunque esto se trató así, y era lo más acertado, no tuvo efecto en la barca, porque, aunque jueves veinticinco de febrero, día de San Mathías, amaneció la barca sobre el puerto de Campeche, algo metida en la mar, queriendo virar para allá; se cambió el viento, y comenzó a ventar un terral o sur que la hizo volver la vuelta de la mar más que de paso; el navichuelo, por ser pequeño y llevar piloto diestro, habíase llegado aquella noche más a tierra, y así pudo tomar el puerto, en el cual se detuvo ocho días, y se libró de la gran tempestad y tormenta que tuvo la barca (como adelante se dirá) por no seguirle de veras. Este navío dio nueva del padre comisario a los frailes del convento de Campeche, y ellos y los indios salieron a buscarle en canoas, pero en balde, y aunque se detuvo allí ocho días, como queda dicho, llegó a La Habana un día después de la barca.

[CAPÍTULO CXXXVI]

*De una patente falsa que en México y en la Puebla se publicó*

Antes que pase adelante la barca con su sur o vendaval, será bien dar una vuelta a México y ver lo que por allá pasa, que sin duda se hallarán muchas cosas qué decir y contar; pero de todas ellas no se dirá en este lugar más de una invención que hicieron los declarados por descomulgados o sus fautores, o por mejor decir el Demonio por ellos, y fue que en algunos lugares públicos de aquella cibdad, apareció una mañana una patente falsa y contrahecha del padre fray Alonso Ponce, comisario general, firmada de su nombre, y sellada con el sello mayor de su oficio, en la cual estaba escrito lo que ellos quisieron inventar para hacerse inocentes y justificarse con el mundo, y culpar y condenar al dicho padre comisario; y porque se vea cuán mal ordenada iba esta patente, y cuán fácilmente se